

La crítica de la ciencia

A nadie le extraña que la prensa incluya secciones de crítica musical y literaria, como también de arte, de cine o de exposiciones. Es normal que siendo, como son, empresas humanas contingentes, sometidas a las presiones del entorno y a los caprichos del autor, merezcan comentarios que califiquen el acierto, pertinencia, belleza u originalidad del producto que se presenta ante al público. Además, en su conjunto, conforman una parte significativa del entorno simbólico que sostiene nuestra vida social e íntima. No se trata solo de que podamos dialogar con la obra de otros, sino que queramos explorar las condiciones de posibilidad para otras formas de mirar, narrar o sentir el mundo, es decir de construirlo y habitarlo. Sin la buena crítica cultural sería difícil saber qué es lo que conecta unas cosas con otras o, en otros términos, cómo darle sentido a la explosión de productos o mercancías culturales que invaden nuestras vidas. ¿Y en ciencia?



Antonio Lafuente
Investigador del CSIC en el área de estudios de la ciencia

¿Cabe una relación de ese tipo cuando hablamos de la ciencia? O, dicho en los términos que le gustan a Bruno Latour, cabe una relación con la palabra científica que no se limite al dictamen sobre su veracidad o falsedad? Los científicos tienden a comportarse como si la única relación significativa con su trabajo fuera la aprobación —lo que normalmente implicaría el reconocimiento implícito en una cita— o el rechazo —lo que normalmente exigiría del crítico más y mejores datos con los que sostener su sospecha, duda u oposición—. En pocas palabras, o citas o callas, pero si dices algo tienes que hacerlo desde el laboratorio. Y es así que, aunque parezca increíble, casi nadie puede hablar de ciencia. Los que lo hacen son inmediatamente calificados de ignorantes o, peor aún, de anticientíficos, que en nuestro mundo es como ser inculto y socialmente peligroso.

En fin, que si no es para avalar, tiene que ser para enmudecer. Pero, si así fuera, si el único gesto posible ante la ciencia fuera asentir o, alternativamente, rechazar, entonces solo podrían tomar la palabra los científicos mismos, pues son los únicos capacitados para manejar los dispositivos lingüísticos, tecnológicos y disciplinarios característicos de las ciencias. Una larga tradición, como explica Don Ihde, les otorga el discutible privilegio de no necesitar críticas externas, pues durante la Ilustración se fraguó el mito de que la ciencia ya era la crítica que la sociedad necesitaba para hacer frente a las supersticiones, incluidas las religiosas. O, dicho de otra manera, la modernidad se construye sobre una ecuación tan simple como peligrosa: si quieres ser crítico, hazte científico, trasciende el mundo de las opiniones y abraza el de los hechos.

Los hechos, sin embargo, contradicen esta tesis beata sobre el funcionamiento de la ciencia. Todos los días, en los laboratorios y en el ministerio, en la prensa y en el parlamento, se habla del carácter apropiado, prioritario, solidario, estratégico, competitivo, europeo o costoso de los proyectos científicos. Tampoco faltan debates sobre patentes, retornos,

contrataciones, evaluaciones, innovaciones, premios, privatizaciones y desarrollos sostenibles. Seguro que queda poca gente que todavía no haya oído hablar de secretismo, fraude o corrupción en ciencia. Y es que, al igual que cualquier otra empresa social, la ciencia mejora con la crítica.

Y todo esto es nada si pensamos en nuestra condición de conejillos de indias en medio de experimentos de alcance planetario, como los que se pusieron en marcha una vez que nos pusimos a alimentar vacas con piensos de origen animal o desde que no sabemos cómo controlar las emisiones de CO₂ a la atmósfera. Espero que nadie se sorprenda si recordamos que la sucesión de crisis alimentarias, sanitarias o medioambientales tiene mucho que ver con, para decirlo suavemente, una insuficiente evaluación de los riesgos asociados a las nuevas tecnologías. Y si esta crisis del peritaje experto es manifiesta, sea o no provocada por la existencia de conflictos de intereses, entonces hemos de admitir que todos formamos parte de un sin fin de experimentos que suceden en tiempo real y fuera del laboratorio.

¿Cómo no vamos a hablar de ciencia?

Si cada día se toman decisiones orientadas a minimizar los riesgos, conservar la naturaleza, gestionar los recursos o equilibrar el reparto de los males y todas estas iniciativas que acaban llegando al Boletín Oficial del Estado —o publicación equivalente— tienen que pasar antes por los laboratorios, los seminarios, los *papers*, los comités, los congresos, los foros y los paneles internacionales, ¿cómo no aceptar la necesidad de una crítica de la ciencia? Los partidarios de hablar de nuestro sistema de organización política en términos de una democracia técnica o tecno-

«La divulgación no es el único pacto posible entre ciencia y sociedad. Y al igual que existe una crítica literaria o del arte, también necesitamos una crítica de la ciencia»

democracia se sorprenden de que las revistas a las que se asoman los intelectuales y los políticos sigan reservando para estos asuntos espacios residuales y que los suplementos culturales que encartan semanalmente los periódicos de más alcance solo sepan hablar de la ciencia para rendirse ante las maravillas del emblemático «y es que las ciencias avanzan que es una barbaridad» que ya proclamara la zarzuela La del Soto del Parral.

Defender la necesidad de una crítica de la ciencia es más fácil que ejercerla. Hacerlo bien es mucho más difícil. Igual que la historia de la Iglesia no debieran hacerla los curas, ni la del Real Madrid los merengues convictos, la crítica de la ciencia es un trabajo para el que seguramente hace falta ser un amante de la ciencia, pero no un científico. Su finalidad se explica rápido, pues consistiría en comprender cómo de profundamente interconectada está la ciencia con la política, y explorar cómo las tecnologías están conformando nuestro mundo y nuestra manera de sentir, pensar y actuar. La ciencia es una actividad de naturaleza controvertida. Y así, la discrepancia es un instrumento clave en la conformación colectiva de los asertos científicos. Tanto, que haríamos muy bien sospechando bajos niveles de excelencia allí donde falten dudas, errores y fracasos. Sin embargo, pocas veces se hacen públicas. Lo más frecuente es que solo se escuche una loa interminable y cacofónica que quiere ver en los científicos una especie de atlantes civilizatorios.

No entraremos a discutir esta cansina fábula de la modernidad, pero la idea de que un experto hable en nombre de la objetividad es absurda. Y, por ello, cuando los problemas tienen mucho impacto social, los profesionales pueden llegar a convertirse en actores tan decisivos como incontrolables. Muchas veces, en medio de la proliferación de opiniones, los expertos, lejos de ser la solución, forman parte del problema. No es raro entonces que parezca estar acentuándose la tensión, siempre latente, entre las elites y la ciudadanía o, en otros términos, que avance la desconfianza entre legos y sabios: un conflicto, por cierto, más antiguo de lo que sospechamos. Sus ecos nos llegan desde el siglo VI a.C, tal como lo cuenta Platón en el Teeteto.

Cómo confiar en la ciencia

Veamos los detalles. Tales, uno de los siete sabios de la antigüedad, fundador de la filosofía y la astronomía, sale de casa para observar los cielos. Abstraído en sus pensamientos no ve el pozo que hay en el camino y se precipita al fondo. El único testigo citado es su sirvienta tracia, una mujer ignorante y, como todos los tracios, obsesionada por el culto a sus muchas deidades. ¿Pero qué pinta en el cuento esa mujer? La respuesta es fácil: está ahí para reírse; la sirvienta se mofa de que alguien que mira tan alto se desentienda de lo que está a sus pies. Quien mira al cielo —de los astros—, ignora el suelo —de los creyentes—. La tracia entonces —los detalles los hemos aprendido con Blumenberg— evoca la pérdida de sentido de la realidad

«Si cada día se toman decisiones orientadas a minimizar los riesgos, conservar la naturaleza, gestionar los recursos o equilibrar el reparto de los males y todas estas iniciativas que acaban llegando al Boletín Oficial del Estado —o publicación equivalente— tienen que pasar antes por los laboratorios, los seminarios, los papers, los comités, los congresos, los foros y los paneles internacionales, ¿cómo no aceptar la necesidad de una crítica de la ciencia?»

atribuida a los intelectuales, y además les reprocha su indolencia ante los asuntos mundanos, incluido el desdén hacia las creencias religiosas populares. La fábula de Platón, probablemente tomada de Esopo, como vemos, no tiene nada de inocente, pues el gesto atribuido a Tales, anticipando lo que sería ya norma en Sócrates, acabó siendo insoportable en la polis griega, pues los sabios andaban cuestionándolo todo y revolviendo aquilatadas tradiciones. Y así quienes comenzaron siendo gente quisquillosa, acabaron pareciendo criminales. El leve accidente de Tales se convirtió en martirio para Sócrates.

El mito ha sido muchas veces contado y otras tantas modificado. Su sombra se prolonga hasta nuestros días, porque la acusación de que el filósofo es un inútil, un parásito social, aunque nace al mismo tiempo que la astronomía, está lejos de ser un tópico superado. Y tenemos versiones para todos los gustos. Montaigne acusó a la tracia de ser enemiga de la sabiduría al no evitar la caída; Michel Serres explicó con rabia que el pozo era un observatorio, no un lugar de perdición sino de trabajo. En fin, el problema de la incomunicación entre los sabios y los legos es viejo. Nace con la ciencia misma. Su representación como un conflicto entre dos culturas —la humanista y la científica— es tan reciente como carente de interés. Su popularizador fue Snow, alguien que durante la guerra fría avivó la sospecha de que los intelectuales, además de coquetear con los totalitarismos de derechas y de izquierdas, habían dado la espalda a la ciencia y la tecnología. Los humanistas entonces fueron calificados de ignorantes, engreídos y ludditas. Gentes que, por tanto, debían ingresar en la categoría de los legos. Más aún, aquella mujer plebeya puede renacer convertida en la anónima heroína de una rebelión. ¿Contra la ciencia? Tal vez, pues la deriva de los científicos hacia posiciones pretendidamente objetivistas y apolíticas —es decir, al margen de los asuntos mundanos— está llegando a su fin. Todo parece indicar que en un mundo tan complejo tendrán que descender de la peana e implicarse en los asuntos públicos. ■